

Lusitania Sacra. 31 (Janeiro-Junho 2015) 107-125

Creada a su imagen y semejanza: la coronación de la Reina de Aragón según las Ordenaciones de Pedro el Ceremonioso

NÚRIA SILLERAS - FERNÁNDEZ

University of Colorado at Boulder
silleras@colorado.edu

Resumen: En 1353 Pedro el Ceremonioso (n. 1319, r. 1336-87) promulgó una ordenación que reglamentaba la coronación del rey y la reina de la Corona de Aragón. El presente artículo analiza detalladamente el texto de coronación de la reina entendido en sentido metafórico, porque se identifica algo real, la reina, con algo imaginario o evocado, la figura de la reina según las ordenaciones. El examen de la relación y de las similitudes entre ambas imágenes permite vislumbrar el complejo papel desempeñado por la reina de Aragón, en la teoría y en la práctica.

Palabras clave: Coronación, Reginalidad, Género, Pedro el Ceremonioso, Ordenanzas reales, Corona de Aragón, Poder y piedad.

Resumo: Em 1353, Peter o Cerimonioso (n. 1319, r. 1336-87) promulgou um decreto que regulamentou a coroação do rei e da rainha de Aragão. Este artigo analisa em detalhe o texto da coroação da rainha, entendido como uma metáfora, porque faz a identificação de algo real, a rainha, com algo imaginário e evocativo, a figura da rainha, como apresentada nas ordenações. Um exame da relação e das semelhanças entre as duas imagens elucida o papel complexo da rainha de Aragão, na teoria e na prática.

Palavras-chave: Coroação, Reginalidade, Género, Pedro o Cerimonioso, Ordenações régias, Coroa de Aragão, Poder e piedade.

Abstract: In 1353 Peter the Ceremonious (b. 1319, r. 1336-87) promulgated a royal ordinance that regulated the coronation of the king and the queen of Aragon. This article analyzes in detail the text of the coronation of the queen, understanding it as a metaphor because something real, the queen, is identified with something imaginary and evocative, the figure of the queen, as presented in the ordinances. An exam to the relationship and similarities between both images elucidates the complex role of the queen of Aragon, both in theory and practice.

Keywords: Coronation, Queenship, Gender, Peter the Ceremonious, Royal ordinances, Crown of Aragon, Power and piety.

En el año 1353 el rey Pedro III de Cataluña y IV de Aragón (n. 1319; r. 1336-87), conocido como “el Ceremonioso” por su afición a reglamentar solemnidades y al boato, añadió una disposición adicional a sus Ordenaciones de la corte real, en esta ocasión enfocada en las ceremonias de coronación del rey y la reina. Por aquel entonces el monarca contaba treinta y cuatro años de edad, se encontraba en el punto medio de su vida, dado que murió exactamente treinta y cuatro años después, y llevaba ya diecisiete años reinando y una quincena coronado. Cuatro años antes, en 1349, había contraído nupcias con la que fue su tercera esposa, Leonor de Sicilia, quien poco después le dio su ansiado sucesor, el príncipe Juan (1351; r. 1387-96). Este nacimiento constituyó todo un triunfo para el rey que, durante años, y muy a su pesar, como el mismo recoge en la crónica que escribió sobre su reinado, “per voluntat de Déu no engendràvem sinó filles.”¹ Esta sucesión de infantas le llevó, en 1347, a querer nombrar a su primogénita, Constanza, heredera al trono. En la Corona de Aragón, a diferencia de otras coronas peninsulares, como la castellana, y pese a que no existía una ley sálica, como en Francia, en la práctica las mujeres no podían heredar la corona. Ciertamente no existía una regulación expresa sobre el derecho de sucesión, que descansaba en la costumbre, en la voluntad expresada en el testamento del rey difunto y en una serie de actos relacionados con la sucesión de los monarcas². En cualquier caso fue por esta costumbre que, cuando Pedro el Ceremonioso intentó nombrar a su hija heredera al trono, se formó una “Unión” que aglutinó a buena parte de nobleza aragonesa y valenciana, que se levantó en armas contra el rey Pedro y en apoyo de su hermano, el infante Jaime, al que veían como más factible sucesor en el caso de que el rey no tuviera un hijo varón³. Pese a que finalmente, el 21 de julio de 1348, las tropas reales vencieron a los rebeldes en la batalla de Epila, el monarca no logró su objetivo de que los reinos juraran a su hija como su sucesora, por lo que el nacimiento del infante Juan fue causa de regocijo.

Tan bien recibida fue la llegada del heredero que, en 1352, como reconocimiento a la fecundidad de Leonor, ahora la madre del heredero, su esposo decidió coronarla. De hecho, el rey Pedro hizo coincidir la ceremonia de coronación de su esposa con el juramento de las cortes a su hijo Juan como su heredero y sucesor. Según Jaume Riera todo parece indicar que ambos rituales de reconocimiento y continuidad monárquica

-
- 1 Pere III el Cerimoniós – *Crònica en Les Quatre Grans Chroniques*. Ed. Ferran Soldevila. Barcelona: Editorial Selecta, 1971, p.1091 (cap. 4, sección 4). En 1338 Pedro el Ceremonioso contrajo matrimonio con María de Navarra, en 1340 tuvieron un hijo llamado Pedro, que murió pocos meses después. En 1342 nació Constanza, en 1344 Juana, en 1346 María y en 1347 otro hijo que murió de inmediato – poco después también falleció la reina María de Navarra. Su segundo matrimonio, con Leonor de Portugal, no produjo ningún heredero. Se casaron en 1347 y la reina murió un año más tarde a consecuencia de la peste negra.
 - 2 Sobre el derecho a la sucesión en la Corona de Aragón, véase Alfonso García Gallo – La sucesión del trono en la Corona de Aragón. *Anuario de Historia del Derecho Español*. 36 (1966) 5-187 y Cristina Segura Graíño – Derechos sucesorios al trono de las mujeres en la Corona de Aragón. *Homenaje al Profesor Santamaría. Mayurca*. 22 (1989) 591-599.
 - 3 Esteban Sarasa – El enfrentamiento de Pedro el Ceremonioso con la aristocracia aragonesa: la guerra con la Unión y sus consecuencias. In *Pere el Cerimoniós i la seva època*. Ed. Maria Teresa Ferrer i Mallol. Barcelona: CSIC, 1989, p. 35-45.

tuvieron lugar el 5 de septiembre de 1352⁴. De este modo Leonor pasó a ser la segunda de un total de tan solo cinco reinas aragonesas que fueron coronadas. No en vano engendrar un heredero, sobre todo un hijo varón que garantizase la perpetuación dinástica, y por tanto el equilibrio, se consideraba una tarea fundamental de la reina. Sin duda los preparativos que Pedro el Ceremonioso tuvo que acometer para la coronación de Leonor, que se celebró dieciséis años después de la suya propia, le llevaron a pensar en la necesidad de dejar por escrito, y de manera permanente, como tenían que desarrollarse las solemnidades de coronación del rey y la reina, en sí mismas la apoteosis de la majestad, un ritual performativo que sirve de expresión al orden político. Usando la terminología de Greenblatt el rey con sus escritos contribuyó, no sólo a la auto-construcción de su persona (“self-fashioning”) –la construcción deliberada de una identidad e imagen pública que seguía y manifestaba lo que se consideraba apropiado en el periodo– sino que trasladó estas ideas a la institución monárquica⁵. Este texto es mucho más que una descripción de una ceremonia tal y como fue concebida por el rey Pedro, es un emblema y una celebración de la realeza, un interesante ejemplo de la vinculación entre monarquía e Iglesia, y del papel teóricamente asignado al rey y la reina en la sociedad. Esta ordenación, junto con las ceremonias que el propio rey Pedro ofició, la suya que detalló en su crónica, y también las de su tercera y cuarta esposas, Leonor de Sicilia y Sibilia de Fortiá, sentaron las bases para el resto de coronaciones medievales de los monarcas aragoneses⁶.

El presente artículo va a examinar detalladamente el texto de la ordenación de la coronación de la reina, que entiendo como una metáfora que nos permite vislumbrar y razonar el complicado papel supuestamente asignado a la reina de Aragón. Lo entiendo en sentido metafórico, porque en el texto se identifica algo real, la reina, con algo imaginario o evocado, la figura de la reina según las ordenaciones, y ciertamente existe una relación de semejanza entre lo real y lo imaginado. Esta ordenación que aparentemente es prescriptiva, como se verá en la segunda parte de este artículo, fue más bien consultiva. A mi entender la soberana se movía en un delicado equilibrio entre la religiosidad, vista como legitimadora y enmarcadora de su figura –la reina se presentaba como virtuosa y próxima a lo sagrado– y el poder que su puesto le otorgaba

4 Jaume Riera i Sans – La coronació de la reina Elionor (1352). *Acta historica et archaeologica mediaevalia*. 26 (2005), p. 487 y 490.

5 Greenblatt exploró y situó este “self-fashioning” en el Renacimiento pero, a mi entender, podemos emplear el concepto igualmente en la Edad Media. En su definición: “fashioning may suggest the achievement of a less tangible shape: a distinctive personality, a characteristic address to the world, a consistent model of perceiving and behaving.” Stephen Greenblatt – *Renaissance Self-Fashioning: From More to Shakespeare*. Chicago: University of Chicago, 1980, p. 2.

6 También resultan de sumo interés las representaciones iconográficas que recogen la coronación de Pedro el Ceremonioso y Sibilia de Fortiá. Véase Jaume Aurell y Marta Serrano-Coll – The Self-Coronation of Peter the Ceremonious (1336): Historical, Liturgical, and Iconographical Representations. *Speculum*. 89:1 (2014) 84-94 y Pere Bohigas – El manuscrit Phillips de les ordinations del rei en Pere. *Cuadernos de arqueología e historia de la Ciudad. Estudios dedicados a Duran y Sanpere en su 80 aniversario*. 12 (1963) 101-111.

en la monarquía. Esta institución tendía a conceder a la familia real, y sobre todo a la reina consorte, secundaria solo al propio rey, una influencia y capacidad de actuación más que manifiesta y reconocida por todos los súbditos.

Un rey ceremonioso

Palacios Martín señala que una más completa redacción de la ordenación de la coronación del rey, que culminaba la preparada al principio de su reinado, y la nueva redacción de la coronación de la reina se escribieron entre el 20 de enero de 1353, en que Pedro el Ceremonioso la encargó, y el 8 de agosto de ese mismo año en que el escrito ya consta como acabado⁷. El texto lo escribió el rey Pedro en colaboración con alguno de sus secretarios y prelados, pero, sin duda, el monarca participó activamente en su redacción —al igual que hizo con la crónica de su reinado— ya que uno de los manuscritos del texto recoge sus anotaciones⁸. El escrito se conserva en tres versiones diferentes: en catalán, en aragonés y en latín. La ordenación escrita en catalán lleva por título: “Ordinació feta per lo molt alt e molt excel·lent príncep e senyor lo senyor en Pere Terç, Rey d’Aragó, de la manera com los Reys d’Aragó se faran consagrar e ells mateys se coronaran.” Desde el mismo título el rey clarifica su voluntad de no someterse a ningún eclesiástico, y de marcar cierta separación de poderes entre la Iglesia y la monarquía en una ceremonia que, por otra parte, muestra una clara unión entre elementos espirituales y temporales. A Pedro el Ceremonioso no lo coronó ni el pontífice de turno (Benedicto XII), ni el arzobispo de Zaragoza (Pedro López de Luna), su ritual de entronización parece ser que siguió de manera bastante fiel el de su padre, Alfonso IV el Benigno (1299-1336), que fue el primer monarca de Aragón que, en 1328, se coronó a sí mismo, marcando una tendencia que sería seguida por sus sucesores⁹. Ciertamente el rey Pedro no eliminó la unción (ni para él ni para su

7 Bonifacio Palacios Martín — *La coronación de los Reyes de Aragón, 1204-1410: aportaciones al estudio de las estructuras medievales*. Valencia: Ediciones Anubar, 1975, p. 259-260. Véase también Bonifacio Palacios Martín — Sobre la redacción y difusión de las *Ordinacions* de Pedro IV de Aragón y sus primeros códigos. *Anuario de Estudios Medievales*. 25:2 (1995) 659-681; Antonio Duran Gudiol — El rito de coronación del rey de Aragón. *Argensola. Revista del Instituto de Estudios Altoaragoneses*. 103 (1989) 17-39; Carmen Orcastequi Gros — La coronación de los reyes de Aragón: evolución política-ideológica y ritual. In *Homenaje a Don Antonio Durán Gudiol*. Huesca: Instituto de estudios Altoaragoneses, 1995, p. 633-647 y Olivetta Schena — *Le leggi palatine di Pietro IV d’Aragona*. Cagliari: Consiglio Nazionale delle Ricerche, 1983, p. 15-67. El texto de las *Ordinacions* de la corte, que incorpora al final el ordo de las coronaciones, ha sido editado en diversas ocasiones. En este artículo cito la versión más reciente: *Ordinacions de la casa i cort de Pere el Cerimoniós*. Ed. Franciso M. Gimeno, Daniel Gozalbo y Josep Trench. Valencia: Universitat de València, 2009 (Fonts històriques valencianes, 39).

8 Véase la introducción crítica a las *Ordinacions* de Francisco M. Gimeno, p. 13.

9 Bonifacio Palacios Martín — *La coronación de los Reyes de Aragón...*, p. 237. Véase la descripción de esta coronación en la crónica de Ramon Muntaner [*Les quatre grans cròniques...*, p. 938-943.] La auto-coronación no era habitual, uno de los ejemplos más llamativos fue el de Federico II, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, que se coronó en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén en 1229 [Ernst H. Kantorowicz — *L’empereur Frédéric II*. Paris: Gallimard, 1987, p. 187-198.] También el rey de Castilla, Alfonso XI (1312-59) se auto-coronó en Burgos en 1332. [Jaume Aurell — *Authoring the Past. History, Autobiography, and Politics in Medieval Catalonia*. Chicago: University of Chicago Press, 2012, p. 209 y Aurell y Serrano — The Self-Coronation of Peter the

reina), tradición de raíces bíblicas y seguida ya por los visigodos. Este es un elemento importante que evidencia la voluntad del rey Pedro, y la de su padre antes que él, de mostrar su independencia respecto al papado y la directriz iniciada por Pedro II “el Católico” (1178-1213). Este fue el primer monarca aragonés coronado, pero lo fue a manos del pontífice Inocencio III en una ceremonia acaecida en Roma en 1204, en la que situó sus reinos como feudatarios del papado¹⁰.

Inocencio III, con su bula “Cum quanta gloria,” autorizó a los reyes de Aragón, y también a sus reinas, a poder ser ungidos y coronados en Zaragoza, ciudad principal de Aragón¹¹. Sin embargo, los sucesores de Pedro el Católico divergieron lo más posible de estas directrices para mostrar su soberanía e independencia del papado. De este modo, Pedro el Ceremonioso mostró su autonomía, no solo en su propia ceremonia de coronación, que celebró en 1336, sino que en su escrito especificó que el era el único que podía ceñirse la corona. Su autoridad venía de ser quien era, sin más, no tenía superiores en la tierra. El monarca estaba directamente conectado con Dios, sin necesidad de intermediarios que le invistieran. En la crónica que escribió Pedro el Ceremonioso recogió con atención este evento, e incluso la coronación de su progenitor. Respecto a la suya repite que optó por auto-coronarse porque “seria gran prejudici de la corona que nós fóssem coronats per ma de prelat.”¹²

Interesantemente el título dado al texto de coronación de la reina es este: “Ordenació feta per lo dit senyor Rey de la manera con les reynes d’Aragó se faran consagrar e los reys d’Aragó les coronaran”. Este punto es extraordinariamente importante porque, nuevamente desde el mismo título, se pone de manifiesto que al igual que el rey no permitió que nadie le coronara, iba a hacer lo mismo con su reina. Ningún prelado podía tocar su real cabeza, ni siquiera para aderezarle la corona: sólo el monarca podía investir a su esposa. Este hecho evidencia, desde el mismo rito performativo que constituía la coronación, que el poder de esta derivaba del de su esposo, y que ambos estaban unidos no sólo en matrimonio, sino en la institución monárquica. Pero en general la coronación de la reina estaba imbuida de un ritual que evidencia la estrecha e indisoluble relación entre monarquía e Iglesia característica de este tiempo. La Iglesia construyó un marco legitimador para la monarquía que garantizó la difusión de la idea de que el propio Dios apoyaba la estructura estamental. En el caso de la soberana, que tenía que ser abiertamente religiosa y caritativa, esta relación se pone de manifiesto

Ceremonious..., p. 69-70.] Véase también Marta Serrano – Art as a Means of Legitimization in the Kingdom of Aragon. Coronation Problems and Their Artistic Echos during the Reigns of James I and Peter IV. *Ikon*. 5 (2012) 161-172.

10 Enric Bagué – Pere el Catòlic. In *Els primers comtes-reis*. Ed. Percy Ernst Schramm, Juan F. Cabestany y Enric Bagué. Barcelona: Editorial Vicens Vives, 1963.

11 Damian J. Smith – *Innocent III and the Crown of Aragon: The Limits of Papal Authority*. Aldershot: Ashgate Press, 2004, p. 43-78; Damian J. Smith – Motivo y significado de la coronación de Pedro II de Aragón. *Hispania*. 204 (2000) 163-179.

12 Pere el Cerimoniós – *Crònica en Les quatre grans cròniques...*, p. 1025 (capítulo 2, sección 10). Los pormenores de su coronación son descritos en las secciones 8-15, p. 1025-1026.

desde las primeras líneas de la Ordenación del rey Pedro, que revisita la Biblia, y más concretamente el Antiguo Testamento, los libros del Génesis y Esther.

La Reina de Aragón: tras los pasos de Esther

Pedro el Ceremonioso empezó su *Ordinació* sobre la coronación de la reina citando el Génesis, buscando, como era habitual en el periodo, apoyar su modelo monárquico en diferentes fragmentos de la Santa Escritura:

“Scrit és en la Sancta Escriptura que, après les coses creades, Déu omnipotent creà l’om, e veent que l’hom tot sol no era profitós, dix: No és bo hom ésser sol, façam a ell ajudatori semblant a ell.”¹³

Esta última frase es una traducción textual del texto de la Vulgata que lee: “Dixit quoque Dominus Deus: Non est bonum esse hominem solum: faciamus ei adjutorium simile sibi.” Dios creó a Eva, la primera mujer, como compañera de Adán, como su semejante y su ayuda. Interessantemente el texto real avanza, siguiendo ideas como las de Pedro Lombardo (c. 1100-1160), estableciendo que, dado que Eva fue creada de la costilla de Adán, y no de la parte inferior o superior del cuerpo de este, la mujer no es ni inferior ni superior al hombre¹⁴. Si Dios la hubiera querido superior la hubiera creado de la cabeza de Adán, si la hubiera querido inferior la hubiera creado de sus pies. Si optó por las costillas, situadas exactamente en el punto medio del cuerpo, fue porque consideraba a la mujer igual, o cuanto menos, análoga al hombre:

“E axí apar que Eva fon dada a Adam per companyona, cor del mig loch del cors de l’hom fo presa e formada, e no de les parts jussanes, a dar entendra que no fou súbdita a l’hom, ne axí mateix fo presa o formada de les parts sobiranes, per tal que no fos entés ella ésser sobirana de l’hom.”¹⁵

Con ello el rey y sus ayudantes se distanciaban un tanto de ideas defendidas por algunos de sus propios consejeros áulicos, como Francesc Eiximenis, franciscano, maestro en teología y próximo tanto a Pedro el Ceremonioso como a sus hijos y esposas. Eiximenis, en su *Llibre de les dones*, escrito años más tarde, c. 1395 (durante el reinado de Juan I) muestra una postura mucho más dura. Eiximenis define a la mujer siguiendo las ideas de Tomás de Aquino, Alberto Magno y Aristóteles: “Dona és hom occasionat,

¹³ Génesis 2:18; *Ordinacions...*, p. 266.

¹⁴ Peter Lombard – *Sententiarum libri quatuor*. PL CXCLII: cols: 687-8. Guadalupe de Marcelo – Algunos aspectos comunes de los tratados didácticos. In *Las sabias mujeres: educación, saber y autoría (siglos III–XVII)*. Ed. M. Graña. Madrid: Asociación cultural Al-Mudayna, 1994, p. 103.

¹⁵ *Ordinacions...*, p. 266.

menor per natura que hom mascle ...”¹⁶. Es más, el teólogo especificó: “... si Adam ne Eva jamás no agessen peccat, encara la dona fóra menor que l’hom e reconeguera aquell per major sens neguna pena ...”¹⁷. Sin embargo, en la ordenación del rey Pedro la mujer, y la reina como tal, no solo tienen un lugar en la creación divina, sino uno de semejanza con el hombre. Al igual que Dios concedió a Adam una compañera, el monarca también precisaba la suya. No en vano Pedro el Ceremonioso se casó cuatro veces, porque no le es “provechoso al hombre estar solo”:

“Donchs convé que axí con Nostre Senyor Déu deputà e ordonà per companyona Eva a Adam, que les reynes d’Aragó companyones sien dels reys d’Aragó e d’aquelles gràcies espirituals, honors e prerogatives que Sancta mara Esgleya los reys d’Aragó han insignits se alegren.”¹⁸

Asimismo, en la parte del texto en la que el monarca explica como él coronaría a la reina después de que esta hubiera recibido la unción del arzobispo, y que siguiendo la costumbre, la ceremonia debía desarrollarse en Zaragoza, vuelve a utilizar el Antiguo Testamento como guía y justificación para sus acciones. Lo hace apelando a un ejemplo bíblico recurrente que modeló la reginalidad medieval, el de la buena reina Esther¹⁹. De este modo, al igual que el rey Assuero coronó a Esther: “posà la corona del regne en lo cap d’aquella,” el rey de Aragón haría lo mismo con su esposa²⁰. El modelo de Esther fue muy popular en la Edad Media. Su historia, muchas veces repetida, sirvió para dotar a la reina medieval de un papel claro ante sus súbditos. La reina tenía que obrar como Esther, que salvó a su pueblo, los judíos, de una muerte segura a la que su propio esposo, Assuero, mal asesorado por su consejero Amán, les había condenado. Esther, antes de atreverse a peticionar ante el rey Assuero que salvase a los suyos, rezó, ayunó durante tres días, se ensució el pelo con ceniza y se vistió de manera humilde. Solo después de haber completado esta penitencia se embelleció para su marido, para así poder pedirle lo que quería. En esta batalla entre la reina y el malvado consejero

16 Francesc Eiximenis – *Llibre de les dones*. Ed. Frank Naccarato. Barcelona: Curial Edicions Catalanes, 1981, I, 12. Sobre este autor véase David J. Viera y Jordi Piqué – *La dona en Francesc Eiximenis*. Barcelona: Curial, 1987, p. 5; David J. Viera y Jordi Piqué – Women in the Crestià of Francesc Eiximenis. *Medieval Encounters*. 12:1 (2006), p. 96-97; David J. Viera – Francesc Eiximenis on Women: Complimentary or Conflicting Views. *Catalan Review*. 17:2 (2003) 193-204. Véase también Núria Silleras-Fernández – *Chariots of Ladies: Francesc Eiximenis, the Feminine, and Court Culture in Late Medieval and Early Modern Iberia*. Ithaca: Cornell University Press, en prensa.

17 Francesc Eiximenis – *Llibre de les dones...*, I, 13.

18 *Ordinacions...*, p. 266

19 Referente al concepto de “reginalidad” medieval véase Núria Silleras-Fernández – *Queenship* en la Corona de Aragón en la Baja Edad Media: estudio y propuesta terminológica. *La Corónica. A Journal of Medieval Spanish Language and Literature*. 32:1 (2003) 119-133 y Núria Silleras-Fernández – Reginalitat als regnes hispànics medievals: concepte historiogràfic per a una realitat històrica. *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*. 50 (2005-2006) 121-142. Para una visión general de la reginalidad medieval véase Theresa Earenfight – *Medieval Queenship*. New York: Palgrave, 2013.

20 Esther 2:17; *Ordinacions...*, p. 267.

real, fue ella la que venció, intercediendo entre el monarca y sus súbditos. Porque este había de ser su papel, el de mediadora.

De cualquier modo, la actuación supeditada de la reina al rey, que evidencian las Ordenaciones de coronación del rey Pedro, se repite a diversos niveles y de manera más clara y pormenorizada en el texto bíblico que le sirve de inspiración. En este sentido son también remarcables las palabras de Memucán, este sí considerado un buen consejero áulico, al rey Assuero que se separó de su anterior esposa, Vasthi, porque ésta le había sido desobediente y no quiso acudir a un banquete al que había sido convocada. Memucán no dudó en recordarle a Assuero que la voluntad de la reina estaba supeditada a la suya propia, y que debía comportarse de manera ejemplar para que así todas las mujeres entendieran cual era el modelo correcto de conducta. Permitir a la reina transgresiones equivaldría a considerarlas válidas para todas las mujeres, porque la soberana era mujer, pero también reina, y por tanto un modelo para sus súbditas:

“Y dijo Memucán delante del rey y de los príncipes: No solamente contra el rey ha pecado la reina Vasthi, sino contra todos los príncipes, y contra todos los pueblos que hay en todas las provincias del rey Assuero. Porque este hecho de la reina pasará a noticia de todas las mujeres, para hacerles tener en poca estima á sus maridos, diciendo: El rey Assuero mandó traer delante de sí á la reina Vasthi, y ella no vino”²¹.

El ejemplo de Esther que Pedro el Ceremonioso gustó de usar en su texto no es casual, ya que fue hartamente repetido en la Edad Media, sobre todo en manuales didácticos destinados a las mujeres, principalmente a las aristócratas, las reinas y las princesas²². Por ejemplo, Francesc Eiximenis, lo utilizó en su *Llibre de les dones* para reprender a las mujeres que utilizaban cosméticos y que se vestían con demasiado lujo. Esther solo se embelleció cuando fue absolutamente necesario, y lo hizo para complacer a su esposo y salvar a su pueblo, no por vanagloria²³. También Christine de Pizan (1364-1430?), escritora en la corte de Carlos V de Francia, para muchos la primera “feminista” de la historia, la defensora de la virtud de las mujeres en su aclamada *Ciudad de las damas* (1405), incluyó a Esther en este texto como modelo positivo a imitar²⁴. Un siglo después de la redacción de las *Ordinacions* el fraile agustino Martín

21 Esther 1:16-18.

22 Véase Lois L. Huneycutt – Intercession and the High-Medieval Queen: The Esther Topos. In *Power of the Weak: Studies on Medieval Women*. Eds. J. Carpenter, S. MacLean. Urbana: University of Illinois Press, 1995, p. 126-146.

23 Francesc Eiximenis, como buen moralista, escribió sobre la mala conducta de aquellas mujeres que, en su vanidad, se ornamentaban y maquillaban. En su *Llibre de les dones* dedicó varios capítulos a este tema [Francesc Eiximenis – *Llibre de les dones*..., caps. XXV, (I, 44-45); XXVI (I, 45-48) y XXVII (I, 48-50)]. Por otra parte, tampoco quería que las mujeres se abandonaran, por lo que otro capítulo (XXVIII): “Con les dones poden anar compostament e deven ésser fort endreçades en lur persona”, I, 50-52) versa sobre como tampoco deben descuidarse, para así evitar el desinterés de sus maridos y que estos se decantaran por el adulterio.

24 Pizan empezó su explicación sobre Esther con estas palabras: “On another occasion, God chose the wise and noble Queen Esther to rescue His people from the King, Ahasuerus, who had placed them in captivity. [Christine de Pizan – *The Book of the City of Ladies*. Trans. Rosalind Brown-Grant. Suffolk: Penguin Books, 1999, p. 133-134.]

de Córdoba continuaba usando el ejemplo de Esther en su *Jardín de nobles doncellas* (1468) para recomendarle a Isabel I de Castilla, “La Católica,” entonces todavía una princesa soltera, que siguiera su ejemplo y dejara el gobierno en manos de su futuro marido. En 1469 Isabel se casó con Fernando I de Aragón, y obviamente no siguió el ejemplo del fraile al pie de la letra, ya que gobernó los reinos junto a su esposo como reina por derecho propio y propietaria de Castilla²⁵. En cualquier caso Isabel la Católica fue presentada por los escritores de su reinado como una nueva Esther, y en menor grado una nueva Judith. Uno de sus colaboradores, Bartolomé de Zuloaga en una carta al cardenal Pedro de Foix escribió: “mi soberana señora, faziendo más que ninguna otra señora jamás ha fecho, que en virtudes excede a la reyna Ester que falló gracia en el acatamiento del rey Asuero, e a la fermosa Judique, que mató a Lefernes por libertar su pueblo, ponerse a tanto trabajos baroniles por ensalçar la santa fe católica e ensanchar los pueblos de España.”²⁶ Tanto Isabel la Católica como su nuera, Margarita de Austria, al igual que otras soberanas europeas, tenían una colección de tapices para adornar sus palacios que ilustraban escenas de la vida de Esther²⁷. Ciertamente el ejemplo de Esther continuó teniendo fuerza en el Renacimiento. En *La perfecta casada* (1583), el popular texto que el agustino Fray Luis de León (1527-91) dedicó a su sobrina con la intención de enseñarle como debía de comportarse después de casada, y en el que comparaba a las mujeres que se maquillaban con prostitutas, también recordaba positivamente a Esther, como la única mujer que se aderezó sin culpa²⁸. El hecho de que la obra de Fray Luis fuera constantemente reeditada como guía para las mujeres casadas, evidencia la longevidad de este tipo de ejemplos²⁹.

25 “la reina es... no solamente madre, más abogada... Pues como en el reino celestial el rey Jesucristo es juez, y la Virgen reina es abogada, donde puesto que el rey quiera tiranizar o echar demasiados tributos en el reino, a la reina pertenece en tal cosa y en otras semejantes abogar por el pueblo. Así Ester con el rey Asuero, que abogó por el pueblo de Israel y lo libró de muerte.” [Fray Martín de Córdoba – *Jardín de nobles doncellas*. Ed. Félix García. Madrid: 1955, p. 49].

26 Citado por Álvaro Fernández de Córdova Miralles – *La Corte de Isabel I: ritos y ceremonias de una reina (1474-1504)*. Madrid: Editorial Dykinson, 2002, p. 71-72. Sobre el uso de Isabel la Católica como arquetipo literario en la literatura de su época véase también: Núria Silleras-Fernández – Exceso femenino, control masculino: Isabel la Católica y la literatura didáctica. In *Redes femeninas de promoción espiritual en los reinos peninsulares (siglos XIII-XVI)*. Ed. Blanca Garí. Roma: Viella, 2013, p. 185-202.

27 Véase Luis Suárez Fernández – *Política internacional de Isabel la Católica. Estudio y documentos*. Vol. II. Valladolid: Instituto “Isabel la Católica” de Historia Eclesiástica, 1965, p. 219; Francisco Javier Sánchez Cantón – *Libros, tapices y cuadros que coleccionó Isabel la Católica*. Madrid: CSIC, 1950, p. 38-39 y Miguel Ángel Pérez Priego – Margarita de Austria y su corte literaria – *Eclos silenciados: la mujer en la literatura española: siglos XII al XVIII*. Ed. Susana Gil-Albarellos Pérez-Pedrero y Mercedes Rodríguez Pequeño. Segovia: Instituto de la Lengua, Junta de Castilla y León, 2006, p. 118-119.

28 Sola es Ester la que halla Gimeno pos haberse aderezado sin culpa, porque se hermoseó con misterio y para el rey su marido; demás de que aquella su hermosura fue rescate de toda una gente condenada a la muerte. Y así, lo que se concluye de todo lo dicho es que el afeitarse y el hermosearse, a las mujeres hace ramerías y a los hombres hace afeminados y adúlteros,... [Fray Luis de León – *La perfecta casada*. Ed. Javier San José Lera. Madrid: Colección Austral, 1992, p. 157.] Véase también: Olga Rivera – *La mujer y el cuerpo femenino en La perfecta casada de Fray Luis de León*. Newark: Juan de la Cuesta, 2006.

29 Entre 1583 y 1992 se publicaron noventa y cuatro ediciones de la Perfecta casada. Véase José Lorenzo Arribas – Un feminista sereno y un misógino progresista en Castilla (1474-1583): desautorización de las mujeres en la tradición agustiniana. In *Las mujeres y el poder: representaciones y prácticas de vida*. Ed. Ana Isabel Cerrada Jiménez y Cristina Segura Graño. Madrid: Al-mudayna, 2000, p. 160; José Lorenzo Arribas – Fray Luis de León: un misógino progresista en la “querrela de las mujeres”: relectura de *La perfecta casada*. In *Feminismo y misoginia en la literatura española: fuentes literarias para la historia de las mujeres*. Ed. Cristina Segura

La reina medieval también tenía un modelo análogo al de Esther, aún más virtuoso si cabe, en el Nuevo Testamento: la Virgen María, reina del cielo, que también se construía como mediadora, en su caso entre Dios y Jesucristo por un lado y los fieles cristianos por otro. Este espacio, que en apariencia puede parecer limitado, proporcionaba a la soberana una gran capacidad de actuación, autorizada por el modelo bíblico, y por tanto un poder reconocido por todos para mediar, y en ocasiones incluso pacificar, al rey con sus vasallos. Además también se esperaba de la soberana que fuera virtuosa, piadosa, donadora de limosnas y lo suficientemente humilde como para aceptar consejos de eclesiásticos y otros hombres de valía. En definitiva, tenía que ser un modelo para sus súbditos y una representante de la monarquía. Como el propio rey debía de estar adornada con las tres virtudes teologales (las cristianas): fe, esperanza y caridad, que eran necesarias para la salvación. Y también, en la medida de lo posible, con las cuatro virtudes cardinales (morales y humanas) de procedencia greco-latina: templanza, coraje, justicia y sabiduría, que los espejos de príncipes tendían a señalar como prioritarias para los gobernantes³⁰. En la caso de la reina, claro está, como la construcción de género señalaba para las mujeres del periodo, debía guardar su honor, su cuerpo y su reputación.

La coronación de la Reina

En su ordinación el rey Pedro estableció que la noche anterior al día de la vigilia de la coronación la reina tenía que bañarse y la mañana antes de la coronación debía confesarse, comulgar y vestirse con ropa nueva y limpia de color blanco. Impoluto el cuerpo y el alma, y montada en un caballo, también blanco, debía abandonar el albergue del rey y dirigirse, en solemne procesión y acompañada por numerosas velas que iluminaran su camino, a la Seo zaragozana a rezar. Algo significativo que el rey especificó es que durante este trayecto la reina debía gobernar su propio caballo: “sens que null hom no la men per les regnes del cavall.”³¹ La reina ocupaba el segundo lugar en la institución monárquica, solo tras el rey, nadie podía guiarla en ese momento tan solemne. Ese día la soberana tenía que concluir su jornada descansando en un

Graïño. Madrid: Narcea, 2001, p. 61 y Emilie Bergmann – The Exclusion of the Feminine in the Cultural Discourse of the Golden Age: Juan Luis Vives and Fray Luis de León. In *Religion, Body and Gender in Early Modern Spain*. Ed. Alain Saint-Saëns. Lewiston: Mellen University Press, 1991, p. 124-136.

30 Las virtudes medievales proceden de la tradición filosófica greco-romana. Platón mencionó las virtudes cardinales en su obra *La república*, y San Agustín en su platonismo imaginó que estaban presentes en el cielo como una manera de amar a Dios. Por su parte Aristóteles las desarrolló en su obra *Ética a Nicómaco* y en su *Política*, ambas muy influyentes en Europa y traducidas al latín en 1246-47 y 1265 respectivamente. Véase Valeria A. Buffon – The Structure of the Soul, Intellectual Virtues, and the Ethical Ideal of Masters of Arts in Early Commentaries on the Nichomachean Ethics. In István Pieter Bejczy, ed. – *Virtue Ethics in the Middle Ages: Commentaries on Aristotle's Nichomachean Ethics, 1200-1500*. Leiden: Brill, 2008, p. 14 y Krijn Pansters – *Franciscan Virtue: Spiritual Growth and the Virtues in Franciscan Literature and Instruction of the Thirteenth Century*. Leiden: Brill, 2012, p. 9 y 33.

31 *Ordinacions...*, p. 267.

albergue digno de su rango en las proximidades de la Seo. El día de la coronación la reina debía vestir las mismas ropas que había llevado el día anterior y encaminarse a la Seo donde, en la puerta mayor, la recibirían con su mejor atuendo “in pontificalibus” el arzobispo, los obispos y muchos clérigos que la escoltarían en procesión llevando con ellos el santo Evangelio, dos cruces, un incensario y velas. En este momento se imponía una pausa para que el prelado de mayor rango recitara una oración. Acabada la cual la reina, caminando en medio de dos obispos, debía dirigirse hacia el altar mayor donde el metropolitano pronunciaría una oración. Entonces la reina debía dirigirse a la sacristía y cambiarse el vestido por otro también blanco, pero mucho más rico y elaborado, adornado con perlas y joyas que mostraba una vez más su estatus superior:

“una camisa romana de lenç fesa en lo cabeç devant e detras ab botons en quascuna fanadura ab los quals se cloguen les fanadures del cabeç de la dita camisa romana. E sobre la dita camisa veste’s lo camís de drap de seda blanca e sobre lo dit camís cinye’s I cordó de seda blanca. E vestides aquestes vestedures veste’s la dalmàtica feta a forma de dalmàtica de sotsdiacha con diu la Epístola a la missa la qual sia de vellut blanch fresada e sembrada de obratges d’or ab perles e pedres precioses ...”³²

Después de ataviarse con este costoso atuendo y de ser maquillada por la doncella más noble de entre las presentes, debía salir de la sacristía precedida por tres doncellas principales, la de la derecha llevaría el cetro, la de la izquierda el pomo y una tercera, la más honrada de todas, caminaría detrás llevando la corona. Tras estas tres doncellas la reina caminaría en solitario, hacia el altar mayor llevando el pelo suelto y la cabeza descubierta, preparada para recibir la corona. Allí uno de los obispos debía coger la corona y situarla sobre el altar, imprescindible tanto para la misa como para la coronación, mientras que otro obispo debía hacer lo mismo con el cetro y el pomo. De este modo los obispos (y la Iglesia) se relacionaban estrechamente con los símbolos del poder real: corona, cetro y pomo, pero lo hacían asistiendo a la soberana que caminaba sola, evidenciando una vez más su independencia, y con ello también la de su marido. Seguidamente la reina, acompañada por dos doncellas, debía arrodillarse mostrando su obligada humildad a Dios, y mientras estaba postrada en el suelo dos clérigos entonaban una letanía y después un obispo unas oraciones. A continuación la soberana recibía la unción de aceite santificada en la cabeza, pecho y espalda de manos del arzobispo que continuaba con las oraciones. Era entonces cuando finalmente el monarca, adornado con sus insignias reales, entraba en escena, recogía la corona del altar y la depositaba en la cabeza de su esposa, mientras el arzobispo sacralizaba el momento recitando una oración: “E açò fet, lo rey, qui aquí sia present, vestit ab les sues insignies reyal, prenga la corona de l’altar e pos-la en lo cap de la reyna, e dementre li posarà en lo

³² *Ordinacions...*, p. 268.

cap, lo matropolità diga les oracions ...”³³ Entonces, era nuevamente el soberano el que recogía el pomo (con la mano izquierda) y el cetro (con la mano derecha) y se los entregaba a su esposa de uno en uno y haciendo una pausa entre cada entrega que era ritualizada gracias a las oraciones de los prelados, una dedicada al pomo y la otra la cetro. Después, mientras se oía la oración pertinente, el rey ponía un rico anillo a su esposa: “en lo quart dit de la man dreta qui és appellat medicus,” insignia ésta evocativa de la idea de unión con el monarca, la institución y el pueblo³⁴. A continuación otro obispo comenzaba a cantar el himno “Te Deum laudamus te dominum confitemur” y otra oración que daba paso a la misa. Siempre igual, el rey entregaba a la reina las insignias del poder monárquico, mostrando su superioridad para investirla, mientras los religiosos sacralizaban la investidura con sus rezos y su presencia. Todas las oraciones, pronunciadas en latín y especificadas en el texto, situaban a la soberana en la esfera de una cristiana virtuosa que debía mostrar su fe, caridad y esperanza y proteger a la Iglesia y a sus servidores durante su reinado. En el transcurso del oficio religioso la reina hacía un ofertorio de “set diners d’or en significança de les set virtuts cardinals contràries als set peccats mortals”, nuevamente como prueba de su caridad, benignidad y su compromiso con la Iglesia³⁵.

Finalizada esta majestuosa ceremonia, perfectamente coreografiada y que debía ser un símbolo del esplendor y la dignidad reales, los festejos continuaban con la reina dirigiéndose hacia el albergue del rey donde debía volver a cambiarse de ropa y vestirse esta vez con ropas todavía más lujosas, cota y manto de oro³⁶. Nuevamente la soberana debía montar un caballo blanco, esta vez ataviada con los símbolos de poder monárquico, la corona debía adornar su cabeza y el cetro y pomo sus manos, por lo que ahora si que podían tomarla por las riendas los nobles principales, su superioridad ya era evidente. Una nueva reina no había sido creada (en el caso de la reina consorte esto sucedía con el matrimonio), pero si adecuadamente solemnizada a los ojos de todos los presentes. Ella era la única que podía ir a caballo, el resto de sus súbditos debían caminar tras ella, sin importar su rango o su género. Todos debían acudir al albergue del rey donde la fiesta continuaba con un banquete. También este festín estaba perfectamente reglamentado en las *Ordinaciones* que dejaban poco espacio para

33 *Ordinacions...*, p. 271.

34 Esta era la última oración específica para la reina: “Accipe regie dignitatis anulum et in te catholice fidei cognosce signaculum, quia ut hodie ordinari Regina populi ita perseveres auctrix et stabilitrix christianitatis et christiane fidei, ut felix in opere, locuplex in fide, cum Rege regum glorieris per evu, cui est honor et gloria in secula seculorum.” [*Ordinacions...*, p. 272.] El anillo estaba ausente de la ceremonia de coronación del rey. Véase Rafael Conde y Delgado de Molina – Las insignias de coronación de Pedro I-II “El Católico” depositadas en el monasterio de Sijena. *Anuario de Estudios Medievales*. 28 (1998), p. 152; Percy Ernst Schramm – *Las insignias de la realeza en la Edad Media española*. Madrid: Instituto de estudios políticos, 1960 y Bonifacio Palacios Martín – El poder real en la Corona de Aragón (siglos XIV-XVI). In *XV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*. Vol. 1. Zaragoza: Gobierno de Aragón, 1997, p. 189-229.

35 *Ordinacions...*, p. 273.

36 *Ordinacions...*, p. 273.

la improvisación. La sala del banquete debía de estar adornada con bonitos tapices, de espaldas a la reina y enmarcando su mesa, se colocaba un tejido rojo de terciopelo con el escudo del rey y la reina. Debía de ser rojo porque este era el color máspreciado en la Edad Media, el que se consideraba más bonito, por ello de rojo y oro era el traje del rey cuando se coronaba³⁷. La reina, dejando a su lado el pomo y el cetro se sentaba sola en la mesa, solo podía acompañarla el arzobispo que la había consagrado, que debía bendecir los alimentos. En la mesa contigua se sentaban las más nobles damas y doncellas, primero siempre las mujeres de la casa real. Finalizado el banquete, la reina, llevando su corona, pomo y cetro, y sus damas y doncellas se dirigían hacia una sala adyacente. Esta habitación debía engalanarse con valiosos tapices y alfombras y el lugar destinado a la soberana era adornado con un tapiz de terciopelo rojo y oro con su escudo y el de su marido, pero todavía más rico que el que estaba colocado en el salón del banquete. En esta estancia la reina todavía tenía que estar ataviada con la corona, pero podía dejar su cetro y su pomo bajo la custodia de las dos doncellas de más alto linaje. Después la reina podría dirigirse a su cámara, que también debía estar decorada de manera ceremonial, con tapices en las paredes y el suelo y la cama adornada. Allí podía finalmente dejar su corona y descansar, no debía volver a salir de su aposento ese día. De esta manera se ponía fin al día de la coronación, si bien, los festejos todavía se prolongaban durante dos días más en que, haciendo gala de su liberalidad, debía acoger e invitar “a tothom”³⁸. En tan especiales días si hubiera dos infantes en el reino uno debía de ejercer de mayordomo y el otro de camarlengo, y los más destacados nobles del reino en el resto de oficios relativos a la mesa de la soberana³⁹. Nuevamente el hecho de que la reina fuera servida por los nobles principales, incluidos los propios infantes, y asistida por los prelados, muestra su naturaleza solo secundaria a la del propio rey, y a nadie más. El monarca era el único que no la servía, aunque, eso sí, se reservaba la tarea principal del ritual, coronarla.

Coronaciones más y menos ejemplares

Antes de que el rey Pedro coronase a su tercera esposa, Leonor de Sicilia, tan sólo había sido coronada una reina, Constanza de Sicilia (1276) esposa de Pedro el Grande (r. 1276-85), y después de ella tan sólo lo serían la cuarta esposa de Pedro el

37 Véase una reflexión sobre el color y el uso del rojo en la Corona de Aragón en Lesley K. Twomey – *The Fabric of Marian Devotion in Isabel de Villena's Vita Christi*. Woodbridge, Suffolk, UK: Tamesis, 2013, p. 85-107 y en Núria Silleras-Fernández – *Nigra sum sed formosa: Black Slaves and Exotica in the Court of a Fourteenth-Century Aragonese Queen*. *Medieval Encounters*. 13:3 (2007), p. 551-552. Véase también Christel Meier – *The Colourful Middle Ages. Anthropological, Social, and Literary Dimensions of Colour Symbolism and Colour Hermeneutics*. In *Tradition and Innovation in an Era of Change*. Ed. Rudolf Suntrup y Jan R. Veenstra. Main: Peter Lang, 2001, p. 227-255.

38 *Ordinacions...*, p. 274.

39 *Ordinacions...*, p. 274.

Ceremonioso, Sibilia de Fortià (1381), María de Luna (1399), casada con Martín I (segundogénito de Pedro el Ceremonioso y Leonor) y Leonor de Alburquerque (1414), mujer de Fernando I de Antequera, los primeros Trastámaras que reinaron en Aragón (Fernando era nieto de Pedro el Ceremonioso por línea materna)⁴⁰. Normalmente se optó por coronar a aquellas reinas cuyo estatus o legitimidad podían considerarse dudosos, ya fuera porque su bajo estatus despertó el recelo de la aristocracia (Sibilia de Fortià) o por tratarse de una nueva dinastía que tras el Compromiso de Caspe (1412) tuvo que enfrentarse a la rebelión de Jaime de Urgell (Leonor de Trastámara). También se coronó a aquellas a las que se quería recompensar públicamente, ya fuera porque su fecundidad zanjó definitivamente el conflicto de las Uniones (Leonor de Sicilia), o por su papel político al salvaguardar el reino para su esposo ausente después de desbancar a inoportunos rivales (María de Luna)⁴¹.

Con una reglamentación tan minuciosa como la recogida en las ordenaciones de la coronación, teóricamente quedaba muy poco margen para actos espontáneos o innovaciones. Obviamente esto no significa que estas reglas fueran seguidas a raja tabla, ni por los propios reyes y reinas que tenían que enfrentarse a la ceremonia, ni, por supuesto, por el resto de participantes y el público asistente, que no necesariamente tenían porque representar su papel tal y como aparecía especificado en el texto real. Prueba de ello fue la coronación de Sibilia de Fortià, acaecida en Zaragoza el 31 de enero de 1381, que quedó seriamente deslucida, y por ello Pedro el Ceremonioso y su reina humillados. Ni los hijos del rey, los infantes Juan y Martín, ni la mayor parte de la alta nobleza participó en la ceremonia. Entre los personajes de más alto linaje presentes estuvieron María de Luna y su madre, Brianda d'Agout, que querían congraciarse con el rey Pedro; así como otros altos nobles fieles al rey como Bernat de Cabrera, Antón de Luna y Pere de Prades⁴². El resto se negaron a presentar sus respetos y obediencia a una mujer de la baja nobleza catalana que antes de casarse con el monarca había sido su amante, ya le había dado una hija y se había dedicado a favorecer a su propia familia más de lo recomendable. Para marcar el evento, y evidenciar la influencia de la reina, Pedro el Ceremonioso también invistió caballero a su cuñado, Berenguer

40 Jaume Riera i Sans – La coronació de la reina Elionor..., p. 485; Gerónimo Blancas – *Coronaciones de los serenísimos Reyes de Aragón*. Ed. Juan Francisco Andrés de Uztarroz. Zaragoza: Diego Domer, 1641, p. 151-173.

41 Núria Silleras-Fernández – *Power, Piety, and Patronage in Late Medieval Queenship: María de Luna*. New York: Palgrave, 2008, p. 155. Hay una edición en castellano de este mismo libro Núria Silleras-Fernández – *María de Luna: poder, piedad y patronazgo de una reina bajomedieval*. Trans. Virginia Tabuenca. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2012.

42 Véase Núria Silleras-Fernández – Money Isn't Everything: Concubinage, Class and the Rise and Fall of Sibilia de Fortià, Queen of Aragon (1377-87). In *Women, Wealth, and Power in Medieval Europe*. Ed. Theresa Earenfight. New York: Palgrave Macmillan, 2010, p. 73-74; Josep Maria Roca – *Johan I d'Aragó*. Barcelona: Institució patxot, 1929, p. 432-434 (Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 11); Alberto Boscolo – *La Reina Sibilia de Fortià*. Barcelona: Rafael Dalmau, 1971, p. 58-60. Respecto a Sibilia también resulta de interés el estudio de Josep Maria Roca – *La reina empordanesa*. In *Sobiranes de Catalunya: recull de monografies històriques*. Barcelona: Fundació Concepció Rabell y Cibils, 1928, p. 9-212 (Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 10).

Barutell, al que además nombró alguacil.⁴³ De la misma manera, como apunté con anterioridad, el propio rey Pedro hizo coincidir la coronación de su esposa Leonor con el juramento a su heredero por las cortes aragonesas, aspecto éste que después no apareció contemplado en su texto. Riera señala como la nobleza y los prelados de los otros reinos estuvieron ausentes de la coronación de Leonor, extremo que su escrito, redactado poco después, consideraría fundamental.⁴⁴ De hecho, en su crónica el monarca detalló su coronación para explicar por qué y en qué circunstancias se auto-coronó, pero ni tan solo mencionó la de Leonor, ni el juramento a su hijo Juan.

En cualquier caso, y a modo de ejemplo, cuando Martín I, segundogénito de Pedro el Ceremonioso accedió al trono de Aragón parece ser que si que siguió la reglamentación paterna⁴⁵. Martín I se coronó el 13 de abril de 1399 y su esposa, María de Luna, diez días después. Para hacerse cargo del dispendio que suponían estas ceremonias de coronación se cobraba un impuesto especial, el coronaje (*coronatge*), que tenía un carácter voluntario y se solicitaba, siguiendo la costumbre, a los prelados, eclesiásticos, hombres de villas, lugares y parroquias de todos los reinos⁴⁶. A María de Luna, al contrario de lo que sucedió con Sibilia de Fortià, el día de su coronación sí que la sirvieron las damas y doncellas más destacadas del reino: su sobrina, la reina Violante (esposa de Luis II rey de Jerusalén y Nápoles e hija de los anteriores monarcas, Juan I y de Violante de Bar), la infanta Isabel, hermanastra de Martín I (hija del rey Pedro y de Sibilia de Fortià), su madre, Brianda d'Agout-Luna y Margarita de Prades (hija de Joana de Prades-Cabrera y del conde de Prades y después segunda esposa de Martín I)⁴⁷. En definitiva, las mujeres más nobles del reino, todas emparentadas con la casa real, acompañaron a la soberana en esta ceremonia cargada de solemnidad. Por lo demás, diferentes detalles permiten constatar que los más diversos aspectos del festejo se cuidaron atentamente. Así, por ejemplo, además de los ricos vestidos, silla de montar de plata y otras joyas que María de Luna encargó para si misma, cabe destacar que también uniformó a todos sus domésticos y curiales, que debían vestir el mismo traje para su coronación y la del rey⁴⁸. Después de la ceremonia las celebraciones continuaron con

43 Josep Maria Roca – Johan I d'Aragó..., p. 432.

44 Jaume Riera i Sans – La coronació de la reina Elionor..., p. 491. Sobre la reina Leonor de Sicilia véase también Ulla Deibel – La reyna Elionor de Sicilia. In *Sobiranes de Catalunya: recull de monografies històriques*. Barcelona: Fundació Concepció Rabell y Cibils, 1928, p. 351-454 (Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 10).

45 Bonifacio Palacios Martín – *La coronación de los Reyes de Aragón...*, p. 270-276. Véase la descripción de su coronación y de la de su esposa en Francesc Massip Bonet – *La monarquía en escena: teatro, fiesta y espectáculo del poder en los reinos ibéricos: de Jaume El Conquistador al Príncipe Carlos*. Madrid: Consejería de las artes de la comunidad de Madrid, 2003, p. 205-217. Jerónimo Zurita – *Anales del Reino de Aragón*. Zaragoza: 1978, X, p. 43; Gerónimo Blancas – *Coronaciones...*, p. 238-239.

46 El coronaje que solicitó y cobró la reina María de Luna para contribuir a sus gastos de coronación se encuentra recogido en: ACA: ARP, MR, reg. 2536 (1400), ACA: ARP, MR, reg. 2539 (1400) y AHPB: reg. 86/2, Bartomeu Gras – *Liber apocharum factorum racione felix coronacionis illustrissime domine Marie, Aragonum regine* (1400-1401).

47 Jerónimo Zurita – *Anales...*, X, cap. LXIX, p. 850 y Gerónimo Blancas – *Coronaciones...*

48 El recibo del pago de los nuevos trajes de lana que los curiales y domésticos de María de Luna y Martín I debían vestir para las ceremonias de coronación específica:

una serie de banquetes, entremeses y espectáculos de diverso tipo que se prolongaron durante dos días y que beneficiaron también a sus súbditos más humildes.

Las coronaciones eran actos ostentosos por definición que señalaban la superioridad de los monarcas, y que en ocasiones despertaban críticas de algunos eclesiásticos con inclinaciones piadosas. Eso es lo que sucedió con las de Martín I y María de Luna que fueron criticadas por Francisco de Aranda, donado cartujo de Portacelli y consejero real, que dirigió al monarca una carta en la que criticaba la pompa y el dispendio que acompañó a estas conmemoraciones⁴⁹. La respuesta justificativa que el rey Martín escribió a su consejero es nuevamente una muestra de cómo un rey medieval entendió la coronación y su papel en la sociedad. Martín I respondió a las críticas vertidas por su consejero poniéndole en su lugar, y recordándole el ordenamiento social imperante, decidido por Dios, que había situado al rey en la cúspide “al príncip qui és cap de la cosa pública per Déu ordenat.” De hecho esto era lo que evidenciaba la coronación, que el propio Dios había decidido que el rey debía de ocupar ese lugar privilegiado y por tanto su reina también. Martín I escribió a Aranda una carta muy documentada y rica en citas bíblicas en la que argumentó que el monarca estaba obligado a hacer ostentación de su riqueza para ser reconocido como tal por sus súbditos. Esto es lo mismo que Memucán planteó a Assuero cuando pidió un castigo para la esposa desobediente, la reina Vesti. Ciertamente a los reyes no les afectaban las leyes anti suntuarias que ellos mismos habían establecido para limitar el lujo y el gasto innecesario en el vestido y el adorno personal, y de las que en teoría solo podía escaparse si se recibía la “divisa de la Corretja” que ellos eran los únicos que podían dispensar⁵⁰. Según Martín I si el monarca no se comportaba como tal, y pretendía extraviarse en caminos de una equivocada imitación de Cristo, estaba subvirtiendo el propio orden divino, y

Item, reebí de micer Johan dez Pla, conseller e tresorer del senyor Rey, per ço com aquells lo dit senyor ab letra sua dada en Saragoça, a II dies d'Abril del any .M.CCC.XCIX., li mana que donar per rahó dels draps de lana los quals jo he comprats per vestir los curials e domèstichs de la senyora Reyna, per la solemnitat de les festes de les coronacions dels dits Senyor e Senyora, dels quals curials e domèstichs jo he cobrat cateles bastants de que he fets d'aras avant en lo present compte e han apoca de mi feta en poder de n Barthomeu Gras, notari a .II. dies de Maig del any .M.CCC.XCVIII. la qual li restuí en sens ab la letra reyal damunt dita. [ACA: APR, reg. 524, fl. 11r (Barcelona, 2 de Mayo de 1399)].

Respecto al atuendo de María de Luna, Andreu Gaçó, sastre valenciano, fue el encargado de confeccionarlo [ACA: CR, reg. 2349, fl. 16r (Zaragoza, 3 de Marzo de 1399). Ed. Aurea Javierre Mur – *María de Luna: reina de Aragón*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942, p. 217-218, doc. 38]. La reina usó una silla de montar de plata cubierta de paño blanco y oro y sus arreos llevaban el escudo de la casa real y de la casa de Luna [ACA: CR, reg. 2349, fl. 9v, fl. 10r (Zaragoza, 22 de Febrero de 1399). Ed. Aurea Javierre Mur – *María de Luna...*, p. 212-215, doc. 33, 34 y 35.] Véase Núria Silleras-Fernández – *Power, Piety and Patronage...*, p. 155-157 o Núria Silleras-Fernández – *María de Luna...*, p. 163-168.

49 La trayectoria de Aranda en la corte fue muy brillante. Fue consejero de Juan I, de Martín I y de María de Luna, además de procurador de la reina Violante, y acabó siendo compromisario en Caspe en 1412. Véase: M. Esteban – *Biografía del venerable D. Francisco Fernández Pérez de Aranda*. In *Actas del III Congreso de Historia de la Corona de Aragón*. Valencia: 1923, p. 415-438; María Teresa Ferrer i Mallol – *Un aragonés consejero de Juan I y de Martín el Humano: Francisco de Aranda. Aragón en la Edad Media*. 14-15 (1999) 531-562 y Manuel García Miralles – *El donado de la cartuja de Portaceli, Francisco de Aranda. Teruel*. 7 (1952) 141-176.

50 Henri Bresc – *L'empresa de la correege et la conquête de la Sicile: Le royaume errant de Martin de Montblanc. Anurio de Estudios Medievales*. 23 (1993), p. 198, 211-212.

convirtiéndose en un mal ejemplo para su pueblo que podía actuar inapropiadamente: “haguerem dada matèria a nostres pobles de rebel·lió, mas que no de consolació e plaer, la qual cosa a la fi tornaria a peccat mortal.” El rey Martín, conocido en su tiempo como “el Eclesiástico” por su profunda devoción religiosa (y sólo más tarde granjeado el epíteto de “el Humano”), no por ello dejó de acabar su epístola con el buen deseo de que Dios les permitiera vivir a ambos virtuosamente, al monarca en “àbit reyal” y al donado cartujo en “àbit monacal.”⁵¹

A modo de conclusión

La coronación, tal como la concibió el rey Pedro en su texto, era un ritual de claro simbolismo político y con tintes de espectáculo que señalaba la grandeza y autoridad real, haciéndola palpable a la sociedad. Pedro el Ceremonioso dotó los actos de coronación del rey y la reina catalano-aragoneses del ornato suficiente para situarlos en concordancia con los de las otras coronas del periodo⁵². Pese a las diferencias evidentes entre la coronación del rey y la reina, a destacar lo ya mencionado, que el rey se coronaba a sí mismo y que él era el único que podía coronar a la reina, o que él vestía de rojo y oro y ella de blanco exquisito, el ritual era bastante similar en ambos casos. Por ejemplo, si se compara el ritual aragonés con el francés, en el segundo se buscaba marcar mayores diferencias entre el rey y la reina, y mientras que la ceremonia de coronación del monarca tenía lugar en Reims, la de su esposa se desarrollaba en San Denis⁵³.

Si como señaló Ernst Kantorowicz el rey tenía dos cuerpos, uno mortal, temporal y físico y otro inmortal, indivisible y eterno, podemos entender la coronación como el ceremonial que unía lo mortal, el rey, con la corona y por tanto la institución, que

51 La carta dice textualmente lo siguiente: “pregant nostre senyor Deus tot misericordiós que a nos en àbit reyal e a vos en àbit monacal faça viure virtuosament” [ACA: CR, reg. 2244, fl. 158r-159r (Valencia, 14 de Abril de 1402). Ed. Daniel Girona Llagostera – Epistolari del Rey en Martí d’Aragó (1396-1410). *Revista de la Asociación Artístico-Arqueológica Barcelonesa*. 60 (1909), p. 191-192]. Referente al apodo de “Eclesiástico” que recibió rey Martín, buena muestra es una cróniquilla anónima que se escribió sobre su reinado pocos años después de su muerte, c. 1416-1438. El texto dice lo siguiente:

E mort lo dit Rey En Johan succehí a ell en los regnes e comptats son germà lo rey En Martí lo Ecclesiàtich. E per ço li fou sobre posat tal sobre nom com cascun dia volia hoir tres misses e dehia les hores axí com un prevere, ordinàriament, e mirave-s molt en los ornaments de les esglésies e en especial de la sua capella. [*Crònica del regnat de Martí I*. Ed. F. P. Verrié. Barcelona: [s.n.], 1951, p. 19.]

52 Véase la introducción de János M. Bak a su volumen editado *Coronations: Medieval and Early Modern Monarchic Ritual*. Berkeley: University of California Press, 1990, p. 1-15 y Janet L. Nelson – Early Medieval Rites of Queen-Making and the Shaping of Medieval Queenship. In *Queens and Queenship in Medieval Europe*. Ed. Anne J. Duggan. Woodbridge: Boydell Press, 1997, p. 301-315. Como contrapunto a la centralidad del ritual en la sociedad medieval véase Philippe Buc – *The Dangers of Ritual: Between Early Medieval Text and Social Scientific Theory*. Princeton: Princeton University Press, 2001.

53 Véase Richard Jackson – *Vive le Roi! A History of the French Coronation from Charles V to Charles X*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1984; Elizabeth McCartney – Ceremonies and Privileges of Office: Queenship in Late Medieval France. In Carpenter y MacLean – *Power of the Weak...*, p. 178-219 y Jacques Le Goff – A Coronation Program for the Age of St. Louis: The Ordo of 1250. In János M. Bak – *Coronations...*, p. 54-56.

pretendía ser eterna⁵⁴. En cualquier caso, y como Theresa Earenfight ha argumentado, y los numerosos estudios de reginalidad publicados en los últimos diez años atestiguan, era la reina la que podía concebirse como el “otro cuerpo del rey,” que lo completaba en el seno de la institución monárquica⁵⁵. Porque la monarquía aragonesa en muchos sentidos tiene que entenderse como una institución que involucraba a la reina y a otros miembros de la familia real, y de este modo era más orgánica y corporativa que personal. Esta posición de la reina como segunda en el reino, y como una figura que ostentaba un claro poder a partir no solo de su estatus familiar primigenio, sino de su indisoluble relación matrimonial con el monarca, aún más patente cuando era la madre del heredero al trono, también se manifestó de otras maneras. Por ejemplo, fueron varias las reinas aragonesas que ocuparon la posición de lugartenientes del rey, un cargo públicamente reconocido que les granjeaba gran autoridad y las situaba como un “alter ego” del monarca cuando la situación lo requería⁵⁶. El puesto de lugarteniente, pensado inicialmente por Jaime I el Conquistador (1213-1276) para ayudarlo a controlar los reinos de Mallorca y Valencia que acababa de conquistar a los musulmanes, estaba pensado en un principio para familiarizar al heredero al trono con el gobierno, pero otros miembros de la familia real y en especial las reinas ocuparon este cargo. De algún modo la geografía dispersa y la estructura política de la Corona de Aragón favorecieron la creación de la lugartenencia. La Corona de Aragón evidencia las características que Horden y Purcell conciben como particulares del Mediterráneo: se trata de una serie de reinos fragmentados, pero unidos e interrelacionados, no sólo a nivel político y económico, sino también cultural y que se definen en gran medida por su relación con el mar⁵⁷.

Ciertamente la ceremonia de coronación sirve como metáfora de la *reginalidad* medieval de la Corona de Aragón, ya que la reina, que lo era en virtud de su unión matrimonial con el monarca, recibía su posición y el acceso a la autoridad y el poder que esta propiciaba, del propio rey que le entregaba la corona, el pomo y el cetro. El

54 Ernst Kantorowicz – *The King's Two Bodies: A Study in Medieval Political Theology*. Princeton: Princeton University Press, 1957.

55 Véase por ejemplo: Theresa Earenfight – *Without the Persona of the Prince: Kings, Queens and the Idea of Monarchy in Late Medieval Europe*. *Gender and History*. 19-1 (2007), p. 1-3; Earenfight – *The King's Other Body: María of Castile and the Crown of Aragon*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2010; Núria Silleras-Fernández – *Power, Piety, and Patronage...*, p. 4-7 y 163-167; Janna Bianchini – *The Queen's Hand: Power and Authority in the Reign of Berenguela of Castile*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2012, p. 5-10. Respecto a las coronaciones castellanas y la función del rey y la reina hay visiones divergentes, véase: Lucy K. Pick – *Sacred Queens and Warrior Kings in the Royal Portraits of the Liber Testamentorum of Oviedo*. *Viator*. 42:2 (2011) 49-82; Teófilo F. Ruiz – *Une royauté sans sacre: La monarchie castillane du bas moyen âge*. *Annales: économies, sociétés, civilisations*. 39 (1984) 429-453; José Manuel Nieto – *Origen divino, espíritu laico y poder real en la Castilla del siglo XIII*. *Anuario de Estudios Medievales*. 27 (1997) 43-102 y José Manuel Nieto – *Cultura y poder real a fines del medievo: la política como representación: Aragón en la Edad Media*. In *Sociedad, Culturas e ideologías en la España bajomedieval: seminario de Historia medieval*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2000, p. 7-31.

56 Véase un listado de las reinas aragonesas que ejercieron de lugartenientes en Núria Silleras-Fernández – *Power, Piety, and Patronage...*, p. 5-7 y 163-167. Sobre la lugartenencia en general: J. Lalinde Abadía – *Virreyes y lugartenientes generales en la Corona de Aragón*. *Cuadernos de Historia de España*. 31-32 (1960) 98-172.

57 Peregrine Horden and Nicholas Purcell – *The Corrupting Sea: A Study of Mediterranean History*. Oxford: Blackwell, 2000, p.10-15.

ceremonial del rey Pedro no ofrece dudas, presenta al rey en primer lugar, auto-coronado y como detentador de la *potestas*, y a su consorte, la reina, tras él, la segunda del reino. El resto de la familia real, la nobleza y la jerarquía eclesiástica de sus reinos aparece sirviendo y colaborando en el evento de la coronación, y con ello mostrando su reconocimiento, fidelidad y obediencia a la monarquía y a la pareja real. El ceremonial se sirve además de los elementos religiosos que legitiman la estructura social, presentan a la reina como una buena cristiana, una nueva Esther y una “companyona” del monarca. Recordando nuevamente las palabras del rey Pedro, que a su vez citaba el Génesis, la reina era la que ayudaba y acompañaba al rey, porque “No es bo hom ésser sol, faça ell ajudatori semblant a ell.”⁵⁸ Y la reina era eso: “semblant a ell,” parafraseando el Génesis, “creada a su imagen y semejanza,” era parecida, pero no igual, y se movía siempre en un espacio entre la piedad y el poder.

58 *Ordenacions...*, p. 304.